

un conjunto bello y majestuoso de que aún puede dar idea el reverso de algunas medallas pontificias acuñadas en aquella época, como testimonio del singular regocijo con que se celebraba, verdadero acontecimiento artístico, el proyecto de Bramante. Las obras comenzaron bajo la infatigable vigilancia del Pontífice, que bendijo y puso por su mano la primera piedra en Abril de 1506: era preciso demoler una buena parte del templo antiguo; y tanto arreciaba la impaciencia y tanto crecía la fiebre por ver surgir cuanto ántes la nueva basílica, que á la celeridad del trabajo se sacrificó la conservación de preciosos monumentos: piedras y mármoles y mosaicos y sepulcros, que contenían noticias de la Edad Media, que se remontaban quizá al siglo de Constantino, perecieron bajo la implacable piqueta, movida por la voz soberana de quien no admitía largas ni cortas distancias entre el mandato y la ejecución. Sobre los fundamentos echados ya por Rossellini y Alberti en tiempo de Nicolás V, se prosiguieron las obras con arreglo al nuevo plan hasta el año de 1513, en que acaeció la muerte del Pontífice, que pocos meses precedió á la de Bramante. Ambos habían nacido en un mismo año (1444). El artista fué digno del soberano: en los catorce años de residencia de Bramante en Roma, dejó por muestras bien duraderas de su genio, además de las obras citadas, la hermosa galería del Belvedere y el patio de San Dámaso en el Vaticano, el palacio de la Cancillería y la contigua iglesia de San Lorenzo *in Damaso*. Bramante mereció el honor de ser enterrado en la Basílica Vaticana: túvose por justo que reposáran los restos mortales de tan insigne profesor en el propio monumento que había de hacer perdurable su memoria. En un oratorio correspondiente á la nave media de la basílica antigua se leía este epitafio:

MAGNUS ALEXANDER IN AGNAM CUM CONDERET URBEM  
NILIACIS ORIS DINOBRATEM HABUIT;  
SED SI BRAMANTEM TELLUS ANTIQUA TULISSET  
HIC MACEDUM REGI GRATIOR ESSET EO.

## V.

Sabiendo que el llamado por la Providencia, á la muerte de Julio II, para ocupar la silla de San Pedro, fué el Cardenal Médicis, hijo de Lorenzo, el magnífico soberano de Florencia, Leon X, en una palabra, no hay para qué encarecer el piadoso y varonil ardor con que atendería desde el primer instante á la construcción de la Basílica.

Ocho años y ocho meses (de 1513 á 1521) duró el pontificado de Leon X, y bastaron para dar nombre á su siglo: verdad es que como á la gloria del reinado de Felipe II sirvió el de su antecesor Carlos V, y á la del de Carlos III la prudente gobernación de Fernando VI, así el primer papa Médicis vió florecer y fructificar en sus días los gérmenes tan sábia y abundantemente esparcidos en la época del ilustre pontífice La Rovere. Bramante, Miguel Angel y Rafael son glorias artísticas que llenan el pontificado de Leon X, pero que pertenecen de justicia al pontificado de Julio II. La basílica de San Pedro á ambos es por igual deudora de la más rica parte de su fábrica. Los grandes pilares, que habían de sostener la cúpula, estaban terminados á la muerte de Bramante. Leon X deseaba proseguir á todo trance la ejecución del proyecto; pero el autor no existía; por otra parte, los recursos del erario pontificio no sufragaban á tantas necesidades y atenciones como entónces y siempre gravitáran sobre la Iglesia, madre universal de los pobres y de los desvalidos. Leon X, confirmando una bula de su predecesor, hizo nuevo llamamiento á la cristiandad en favor de la Basílica Vaticana; entónces, á pesar de los vientos de rebelión que soplaban ya presagiando la tempestad protestante, la caridad respondió desde los ámbitos más remotos de los países cristianos. La elección de arquitecto era una verdadera dificultad, dado el progreso en que se hallaban las obras. El Papa se decidió por la dirección colectiva; nombró una comisión de

tres arquitectos, en la cual *Rafael de Urbino* ocupaba el primer lugar: no tarde, en Agosto de 1514, Rafael era arquitecto en jefe de las obras de San Pedro: sus dos colegas Fr. Jocondo de Verona y Julian Giamberti, llamado en el arte Sangallo, el primero con residencia accidental en Roma, y cuasi octogenarios ambos, poco tiempo formaron parte de la comision. La obra más notable que del arquitecto Giamberti (muerto en 1517) se conoce en Roma, es el claustro del monasterio de San Pietro *in Vincoli* sobre el Esquilino. Rafael, como los grandes maestros del 1400, y como sus ilustres contemporáneos Miguel Angel y Leonardo Vinci, cultivaba las artes todas del dibujo. En la pintura habia dado pasos de gigante; la Italia entera le aclamaba como un genio. A los veinte años de edad (nació en Abril de 1483) habia pintado el desposorio de la Virgen, y á los veinticinco las Madonnas que hoy honran los museos de Louvre y de Florencia, de Viena y de Madrid, y ántes de los treinta la cámara de la *Signatura* en el Vaticano: su protector y pariente Bramante lo habia traído á la presencia y al amor de Julio II: al morir aquel insigne arquitecto, su protegido y sobrino, que gozaba ya cerca de Leon X el favor que por sus prendas extraordinarias merecia, le reemplazó, como queda dicho, en la direccion de las obras de la Basílica. Y aquí es de notar que no se concibe, á ménos que no se suponga un mandato superior incontrastable, la variacion introducida en puntos importantes del plan y diseño de Bramante. Consta que Rafael aceptó con gran timidez el cargo que el Pontífice le conferia, encareciéndole que «pensára en su nombre y que fundase su gloria en un monumento imperecedero.» Rafael escribia á este propósito á su amigo Castiglione palabras que á la vez revelan su saber y su ingenuidad. «Nuestro Padre Santo, decia, me ha echado un gran peso sobre las espaldas, encargándome de la construccion de San Pedro: me alienta, sin embargo, la esperanza de no sucumbir: el modelo que he hecho agrada á su Santidad y merece la aprobacion de muchos hombres entendidos. Pero yo pongo aún la mira más alta; quisiera á todo trance dar con las formas de los edificios antiguos. ¿Será mi vuelo el de Icaro? Vitruvio me

suministra grandes luces, pero no tantas como necesito.» Descúbrese bien que Rafael, apasionado de la antigüedad y del clasicismo en todas sus manifestaciones, llevaba su aspiracion á reproducir en la Basílica de San Pedro los modelos greco-romanos más perfectos. ¿Cómo se explica, pues, el cambio de proyecto de cruz griega en cruz latina? ¿Obedeció Rafael al impulso de su inspiracion, á las luces recibidas de Vitruvio y á las leyes de la estética que dominó como ninguno? ¿Cedió más bien á la voluntad de sus viejos colegas de comision, ó cortesano ya del palacio pontificio, sacrificó á la voluntad soberana el primitivo proyecto de Bramante? La verdad es que el dibujo de cruz griega se convirtió en dibujo de cruz latina: la iglesia, respetando siempre la cúpula, debia alargarse: en el crucero y en las capillas era por tanto indispensable cierta variacion; fué preciso reforzar los grandes pilares, nuevas explanaciones, nuevas obras, nuevo presupuesto. En tanto, se acercaba la última hora de Rafael, del pintor favorito, del inspector de las antigüedades (prefecto de las ruinas): el dia 6 de Abril de 1520 perdía Roma, perdía Italia y el mundo uno de los mayores artistas que han vivido sobre la tierra; á la edad de treinta y siete años dejó de existir el pintor de los frescos del Vaticano, y de las sacras familias, y del Pasma de Sicilia, y de la Virgen de Foligno, y del San Miguel de Louvre; el arquitecto de San Pedro, y del palacio Stoppani, y de la iglesia de la *Navicella* sobre el Celio; el escultor acaso del Jonas de la capilla Chigi en Santa María del Pueblo. Roma rindió desacostumbrados honores fúnebres á la majestad del genio que espiraba. Leon X, el más poderoso é ilustre soberano de aquellos dias, estrechó y besó en la tumba la mano yerta que pocas horas ántes trazaba los sublimes rasgos de la *Transfiguracion*.

Para reemplazar á Rafael de Urbino en la direccion de las obras de San Pedro fué nombrado Baltasar Peruzzi, insigne arquitecto de la buena escuela, que á la sazón tenia ya en Roma muestras de su habilidad tan estimables como el palacio Chigi á la lungara (la Farnesina), y que en el transcurso de los años habia de producir otras como el elegantísimo palacio Massimi, que basta por sí solo para asignar á su autor puesto

muy distinguido entre los artistas del siglo de Leon X. Peruzzi rehabilitó, digámoslo así, el proyecto de Bramante; las tradiciones del arte clásico se reanudan; se abandonó la cruz latina para volver á la figura armónica de los cuatro grandes pilares, con cuatro ábsides ó capillas, y una sacristía en cada uno de los respectivos ángulos. Á poco de acordarse esta mudanza, tercera ya ó cuarta, en el curso de la obra, acaeció la muerte del Pontífice (año 1521); un gran luto cayó sobre las artes al desaparecer el generoso Médicis, que habia hecho de Roma y del Vaticano centro magnífico de la cultura del mundo: el sabio y austero Obispo de Tortosa, preceptor de nuestro rey Carlos I, que sucedió á Leon X en la Silla pontificia con nombre de Adriano VI, apenas tuvo tiempo, por lo que se refiere á la basílica Vaticana, para examinar el novísimo proyecto y para confirmar los privilegios y gracias otorgadas por sus predecesores á los fieles, que ayudáran con sus ofrendas á la proteccion de la fábrica de San Pedro. Adriano murió en 1523, y otro Médicis, de cuyo poderoso aliento mucho se prometieron desde luego las ciencias y las artes, fué llamado á regir los destinos de la cristiandad: pero Clemente VII, amigo de la infancia y pariente de Leon X, noble y toscano como él, dotado como él de sensibilidad exquisita hácia todo lo grande y lo bello, tuvo que luchar en su pontificado con inmensas contrariedades: su navegacion de diez años fué borrascosa: con decir que halló en su camino la rebelion de Lutero, la apostasía de Enrique VIII y las ambiciones de Carlos V, se comprende cuán difícil sería al Pontífice prestar atencion preferente y proporcionar los cuantiosos recursos necesarios á las obras de la basílica: los graves acontecimientos é infortunios de que Roma fué teatro y víctima en aquellos años impidieron que adelantára gran cosa la ejecucion del plan de Peruzzi, último vigente. Pero un papa Médicis, que en medio de tantas turbulencias concebía y encargaba á Miguel Angel el Juicio final de la capilla Sixtina, no podía ménos de imprimir las huellas de su actividad y de su genio en el templo Vaticano. Creó una comision compuesta de setenta personas principales, correspondientes á todas las naciones de Europa, para que en-

tendiese en lo relativo á la direccion administrativa de las obras; y merced á sus esfuerzos, las obras avanzaron, aunque con lentitud, á punto de que el mismo papa Clemente VII pudiese ver terminada la tribuna occidental, donde se halla la cátedra de San Pedro.

Á la muerte de Clemente VII (año 1534) fué elegido pontífice el cardenal Farnese, que tomó el nombre de Paulo III. *Si mei non fuissent dominati, tum immaculatus ero*: estas palabras, atribuidas al Pontífice en los últimos momentos de su vida, bastarian por sí solas para indicar que los intereses políticos y las luchas de dominacion agitaron tristemente el pontificado de Paulo III, célebre, entre otros muy graves sucesos, por la convocacion del Concilio Tridentino: en el período de 1534 á 1549 que comprende este pontificado, las obras de la Basílica de San Pedro recibieron, como veremos, un impulso que puede decirse decisivo. Antonio de Sangallo, sobrino de aquel Giamberti de tiempo de Leon X, era el arquitecto del cardenal Alejandro Farnese, encargado de construir el palacio de campo de Fiori; fué, pues, el arquitecto preferido por el Pontífice, á la muerte de Peruzzi (año 1536), para dirigir en jefe la reconstruccion del templo Vaticano. Sangallo, que gozaba reputacion merecida, confirmada ciertamente por la posteridad, concibió y propuso un nuevo cambio de plan: formó un diseño que sobre la base de la cruz griega variaba por completo las dimensiones, los accidentes y el ornato de la fábrica: la cúpula se salvaba, pero la rigurosa unidad arquitectónica ideada por Bramante y mantenida por Rafael desaparecía; un conjunto raro de pórticos y de arcos, de torres, de pirámides y agujas en el exterior, y un sistema especial de capillas que rompía á cada paso la línea recta en el interior, daban al templo proyectado un carácter enteramente nuevo. Estas obras, sin embargo, no llegaron á realizarse por más que se hicieron en grande escala las de cimentacion: otro artista insigne, más conocido como escultor que como arquitecto, habia tomado parte con Peruzzi y con Sangallo en los proyectos de reconstruccion de San Pedro; llamábase Lorenzo, florentino, y entre los artistas Lorenzetto: era el amigo de Rafael, el que es-

culpió la estatua de la Virgen que guarda en la Rotonda el sepulcro del gran pintor de Urbino: en el espacio de pocos años murieron Sangallo y Lorenzo: ambos fueron enterrados en la basílica Vaticana no léjos de Bramante; el epitafio puesto sobre el túmulo de Lorenzo es bellissimo; dice así:

SCULPTORI LAURENTIO FLORENTINO.  
ROMA MIHI TRIBUIT TUMULUM, FLORENTIA VITAM;  
NEMO ALIO VELLE NASCI ET OBIRE LOCO.  
VIXIT ANNOS XLVII MENSES II DIES XV.

Después de largas consultas, deliberaciones y diligencias, la elección de arquitecto de la basílica Vaticana, para reemplazar á Sangallo (muerto en 1546), recayó en el hombre extraordinario, honor ya de la pintura y de la escultura, en Miguel Angel Buonarroti:

*Michel più che mortal Angiol divino;*

como le llama Ariosto. Y comienza un nuevo importantísimo período, la Edad de Oro, pudiéramos decir, de la historia que á grandes rasgos vamos bosquejando.

Miguel Angel, que por Breve de Paulo III expedido en 1535 habia sido nombrado arquitecto, escultor y pintor del Vaticano, por otro Breve del mismo Pontífice (1.º de Enero de 1547) fué constituido arquitecto de San Pedro, con facultad para cambiar, segun conviniera, el plan de la construcción: tenia, pues, Miguel Angel setenta y dos años de edad cuando por amor de Dios y devoción á San Pedro y San Pablo tomó á su cargo la dirección de unas obras complicadas hasta el extremo, por la variedad de planes seguidos y abandonados, y por cierta irregularidad administrativa, inevitable en aquellas circunstancias. El *Juicio final* de la Sixtina, los sepulcros de los Médicis en Florencia, el Moisés para el mausoleo de Julio II, los palacios del Capitolio, la gran cornisa del de Farnese, y la iglesia de Santa María de los Angeles, habian ya colocado á Miguel Angel en la primera línea de los artistas de aquel siglo, no sobrepujados por los de otro alguno. Miguel Angel desechó el proyecto de Sangallo, que calificaba de *tudesco*. ¿Se privó al mundo acaso con aquella determinación de una cate-

dral aproximada al estilo gótico, que excediera en majestad y hermosura á las de Colonia y París, á las de Sevilla y Toledo? Cuestión es ésta que no puede ya resolverse. El proyecto fué combatido y abandonado, porque se creyó excesivo el lujo de arcos y columnas y de pirámides, y de mal gusto el doble altísimo campanario; y se adujo que faltaria luz en el templo, y que éste, por último, perderia el carácter de la clásica arquitectura griega, para tomar otro, con el cual no llegaron á encariñarse los artistas italianos. Miguel Angel no vaciló esta vez en sacrificar la magnitud á la belleza; diseñó la Basílica en forma rigurosa de cruz griega, suspendiendo la cúpula gigantesca, no sobre columnas, sino sobre pilares solidísimos, dando á las naves longitud de 600 palmos (unos 120 metros) y adoptando para la fachada el admirable modelo del Panteon: el sueño de Bramante iba á realizarse: «cuanto se han alejado sus sucesores del proyecto de Bramante otro tanto se han alejado de la verdad», escribia Miguel Angel en una carta familiar. La cúpula fué desde luego el objeto de sus meditaciones y el sueño de su alma: más de una vez pensando en la cúpula de Brunelleschi, que corona la catedral de Florencia, dicen que exclamaba Miguel Angel: *Come te non voglio; meglio di te non posso*. Cuando sus trabajos iban ya dando á conocer la proximidad del día en que Roma ostentase una obra arquitectónica digna rival de la de Florencia, el viejo Miguel Angel, también poeta, se contentaba con decir:

*Io farò la sua sorella.  
Più grande già, ma non più bella.*

En quince días y con veinte y cinco escudos de gasto formó Buonarroti el plan y dibujos de toda la obra de San Pedro; uno y otros fueron objeto de general alabanza: tan sólo los discípulos y partidarios de Sangallo, que se veian alejados de toda intervención en la fábrica, tuvieron censuras, y aún diatribas, para el gran artista florentino, y para su proyecto de cruz griega. Los trabajos se emprendieron con ardor, merced al celo del Pontífice y al feliz pensamiento de crear una gran confraternidad, á cuya cabeza figuraba el nombre de Paulo III y en cuya

lista se comprendían soberanos, cardenales, príncipes, ministros, arzobispos, obispos y grandes señores de todas las naciones con objeto principal de acrecentar el fondo de limosnas para la fábrica de San Pedro. La cual por espacio de diez y siete años siguió progresando bajo la sábia y desinteresada dirección del octogenario Miguel Ángel, que *por amor de Dios* y reverencia al Príncipe de los Apóstoles, renunciando á todo estipendio y recompensa, había tomado sobre sí tan grave responsabilidad. Á pesar de las intrigas y malas artes de la *secta sangallesca*, que no poco amargaron los últimos años del gran maestro, pudo éste dejar terminado el magnífico modelo de la cúpula, que completaba el de la nave, hecho en 1546. Julio III, que sucedió á Paulo III, había confirmado á Miguel Ángel (Breve de 23 de Enero de 1552) en el cargo de arquitecto de San Pedro; las obras continuaron bajo su pontificado de cinco años, y bajo el brevísimo de Marcelo II, que sólo veinte y dos días gobernó la Iglesia universal, y bajo el de Paulo IV, que duró hasta 1559: en esta época los grandes muros de la Basílica habían llegado á su mayor altura, los hemiciclos estaban terminados, delineadas las naves y capillas, y el inmenso tambor de la cúpula, esqueleto gigantesco, dominaba ya las colinas y la campaña romana. En Febrero del año 1563, á los ochenta y nueve de edad, y ocupando Pío IV la Silla pontificia, dejó de existir el gran arquitecto de San Pedro, el gran escultor de Florencia y de Roma, el gran pintor de la capilla Sixtina, el gran poeta de *Las Rimas*, Miguel Ángel Buonarroti, á quien ya en vida la universal sincera admiración de Italia y del mundo culto había anticipado los homenajes de una dichosa inmortalidad. El apogeo artístico de Roma, que se señala con raudales de luz en la primera mitad del siglo XVI, toca á su término con la muerte de Buonarroti, en cuyas manos estaba el cetro de las artes: sus discípulos é imitadores abren un nuevo período, que oportunamente estudiaremos. Importa, sin embargo, notar que en medio de las graves complicaciones de aquella edad, de las guerras crueles que afligen á los pueblos cristianos, de las dificultades con que lucha la Santa Sede, empeñada en la obra salvadora del Concilio, el espíritu no decae,

y la Basílica de San Pedro, símbolo de la Iglesia que milita y de la unidad que triunfa, se levanta sobre todas las construcciones conocidas, presidiendo en el espacio como la idea cristiana preside majestuosa sobre el tiempo.

Miguel Ángel había dicho: « Quisiera ser enterrado en Santa Cruz de Florencia, para tener siempre delante de los ojos la cúpula de Brunelleschi », y su deseo se cumplió. Los florentinos se apoderaron secretamente de los restos mortales del gran artista, que el Pontífice hubiera querido sepultar en la basílica de San Pedro, y los llevaron á la ciudad de los Médicis, donde todavía reposan en la iglesia de Santa Cruz, no lejos del túmulo vacío de Dante y de la piedra que guarda el polvo del Aretino; sobre el sepulcro de Miguel Ángel, diseñado por Vasari y ejecutado por Bautista Lorenzo, su sobrino Leonardo hizo poner esta inscripción:

MICHAELI ANGELO BONARROTIO, è vetusta Simoniorū familia: sculptori, pictori et architecto: fama omnib. notissimo, Leonhardus patruo amantiss. deque se opt. merito, translatis Romae eius ossibus, atque in hoc templo maior. suorū sepulcro conditis: cohortante sereniss. Cosmo Medices magno Hetruriae Duce, P. C. Anno salutis 1570. Vixit ann. 88. M. 11. D. 15.

Dar digno sucesor á Miguel Ángel en el cargo de arquitecto director de las obras de San Pedro, punto era de gran dificultad y motivo de muy justo embarazo. La elección recayó en Giacomo Barozzi de Vignola. Muertos Miguel Ángel y Peruzzi y Bramante, Vignola heredaba el primer puesto entre los arquitectos de Roma: por su vasta instrucción fué llamado el Vitruvio de los tiempos modernos, y abonaban su fama y sus elogios la galería del palacio Farnese, el precioso templo de San Andrés, fuera de la puerta del Popolo, y la celebradísima villa del papa Julio (hoy en ruinas), obras todas donde resplandece el estilo del Renacimiento. Al arquitecto Vignola fué asociado, para la prosecución de las obras de la Basílica, el famoso anticuario y escultor napolitano Pirro Ligorio, de cuyos talentos en arquitectura era brillante muestra la villa Pia en los jardines del Belvedere: el Papa había impuesto á ambos artistas el precepto formal de no apartarse un ápice del